

PATRIA.

Entered as Second Class Matter at the New York, N. Y. Post Office, March 15 th. 1893.

Dirección:

120, FRONT STREET, NEW YORK.

Año 2, Número 61.

NEW YORK, 13 DE MAYO DE 1893.

La correspondencia se dirigirá a

GONZALO DE QUESADA.

120 Front St- room 13.—N. Y.

BASES

Del Partido Revolucionario Cubano.

Propuestas por encargo de la emigración de Cayo Hueso, y proclamadas unánimemente por las Emigraciones Cubanas y Puertorriqueñas, el 10 de Abril de 1892

Artículo 1.—El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Art. 2.—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar á toda costa al país á un movimiento mal dispuesto y discorde, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve encaminada á asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Art. 3.—El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolucion hoy existentes y allegará, sin compromisos inmorales con pueblo á hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, á fin de fundar en Cuba por una guerra de espíritu y método republicanos, una Nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.

Art. 4.—El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas ó con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Art. 5.—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar á Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar á todo el país la patria libre.

Art. 6.—El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir al desorden económico en que agoniza un sistema de Hacienda pública que abra el país inmediatamente á la actividad diversa de sus habitantes.

Art. 7.—El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hecho ó declaración alguna indiscreta durante su propaganda, la malevolencia ó suspicacia de los pueblos con quienes la prudencia ó el afecto aconseja ó impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

Art. 8.—El Partido Revolucionario Cubano tiene por propósitos concretos los siguientes:

I.—Unir en un esfuerzo continuo y comun la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero.

II.—Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y á la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que despues de ella se funden, y deben ir en germen en ella.

III.—Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolucion, y congregar á los habitantes de la Isla en un ánimo favorable á su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas.

IV.—Allegar fondos de acción para la realización de su programa, á la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.

V.—Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan á acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva República indispensable al equilibrio americano.

Art. 9.—El Partido Revolucionario Cubano se registrará conforme á los Estatutos secretos que acuerden las organizaciones que lo funda

DIRECTORIO

DEL

Partido Revolucionario Cubano

DELEGADO: José Martí.
TESORERO: Benjamín Guerra.
SECRETARIO de la Delegación: Gonzalo de Quesada.

CUERPOS DE CONSEJO.

De Cayo Hueso: *Presidente*, J. D. Poyo.
Secretario, Gualterio García.
De Tampa: *Presidente*, Carlos Roloff.
Secretario, Estéban Candau.
De Nueva-York: *Presidente*, Juan Fraga.
Secretario, Sotero Figueroa.
De Jamaica: *Presidente*, Alejandro Gonzalez.
Secretario, Juan Prego.

DIRECCIONES:

José Martí. 120 Front Street.
Benjamín J. Guerra. 281 Pearl Street.
Juan Fraga. 839 Fulton Street, Brooklyn.
Carlos Roloff West, Tampa.
J. D. Poyo. Key West, Fla.
A. Gonzalez. P. O. Box 80, Kingston, Ja.

CLUBS GUBANOS

CAYO-HUESO

Unión y Libertad
Mártir de San Lorenzo
Carlos Manuel de Céspedes
Luz de Yara
Cabaniguán
Guásimas de Jimaguayú
José Francisco Lamadriz
Occidente
Juan Millares, n^o 1
Patria y Libertad
Liga Patriótica Cubana
Perico Cestero
Francisco V. Aguilera
Hatuev

Yaguaramas Intransigentes
Pedro Figueredo
Cecilio Gonzalez
Key West
Donato Mármol
Cayo Hueso
Thomas Jordan
Santiago de las Vegas
Lares y Yara
Modesto Diaz, n^o 1
Agustín Santa Rosa
Lamton Lorraine
Tte. Cor. Juan Manzón, n^o 2
Jesus del Sol, n^o 2
Vanguardia de S. Sanchez
Juan Miyares, n^o 2
Gaspar Agüero
Brig. José Gonzalez Guerra
Rifleros de la Habana n^o 1
Rifleros de las Villas
Modesto Diaz n^o 2
Donato Mármol, n^o 2
Sebastian Amábilis y Correa
Ayudantes de la Patria
Los Treintitres de Goicouria
Rifleros de Máximo Gomez
General Francisco Villamil
Coronel J. M. Párraga
Ramon L. Bonachea
Caballería Camagüeyana
Jimaguayú, n^o 2
José R. Estrada
Guáimaro
Miguel Párraga
Rifleros de Bembeta
Rafael Morales
Santa María del Rosario
Julio Grave de Peralta
Cuba Independiente
Fermín Savoechea
Protectoras de la Patria
Regimiento Enrique Reeves
Mercedes Varona
Hijas de la Libertad
Díez de Octubre
Lorenza Diaz de Marciano
Santa María del Rosario

NEW-YORK

Los Independientes
José Martí
Borinquen
Pinos Nuevos
Independientes de Cubanacán
Mercedes Varona
Las Dos Antillas
Rifleros de la Habana, n^o 2
Cuerpo de Ingenieros
Guerrilla de A. Maceo

BROOKLYN

Henry Reeves, n^o 2

TAMPA

Liga Patriótica
Ignacio Agramonte
Aguilera
El Aguila de Tampa
Máximo Gomez
Coronel Diego Dorado
Guerrilla de Roloff
Los Independientes de Tampa
Cuba
Obreras de la Independencia
Plácido
Salomé Hernandez
Pinos Nuevos
Enrique Roig
Díez de Abril

JACKSONVILLE

Club Político Cubano

BOSTON

Cuba y Borinquen

CHICAGO

Tello Lamar

PHILADELPHIA

Ignacio Agramonte, n^o 3
Silverio del Prado

ATLANTA

Macheteros

OCALA

Henry Reeves
General Jordan

NEW-ORLEANS

Los Intransigentes

SAN AGUSTIN

Padre Varela

JAMAICA

José María Heredia
Carlos Manuel de Céspedes
Bernabé Varona
Oriente
Francisco Vicente Aguilera
José Martí, n^o 2

MEXICO

Aponte, n^o 1
Máximo Gomez, n^o 2

LOS VENCEDORES

Según telegrama de Madrid, que han publicado los periódicos de esta república, la reina regente ha felicitado al capitán general de la isla de Cuba, señor Rodríguez Arias, por haber exterminado prontamente, y sin efusión de sangre, la revolución separatista del Departamento Oriental.

Vamos á cuentas, con todo el respeto que nos merece eso que se llama institución real, que lo cortés no quita lo revolucionario. En primer lugar, el gobernador de la grande Antilla no terminó ninguna revolución, pues la escaramuza de Holguín, que tuvo todas las grandes proporciones que quisieron darle las autoridades españolas para luego tener la satisfacción de sofocarla sin disparar un solo tiro, no puede juzgarse como la esforzada tentativa de un pueblo enérgico que reacciona por su independencia y se lanza resuelto al campo de la lucha para conquistarla.

Pero no hemos de turbar la alegría de los dominadores, á quienes los dedos de la mano se les antojan rebeldes, y son capaces de contarse los para pregonar á todos los vientos que aplastaron la cabeza de la hidra revolucionaria, mientras que la hidra todavía no ha asomado su tremebunda cabeza, y vengamos á hacer algunas lógicas deducciones sobre el tacareado triunfo.

La intentona de los hermanos Sartorio, fué un movimiento aislado, sin conexión con los trabajos patrióticos y generales que viene realizando el Partido Revolucionario Cubano. Este —lo ha dicho y lo repite solemnemente— no aumentará las amarguras de la isla-mártir, importando á ella una raquítica expedición que fácilmente pudiera ser copada por las autoridades españolas, y entonces ¡ay de los vencidos! ¡ay de la patria sojuzgada! El Partido Revolucionario se moverá—cuando se mueva con toda su potente vitalidad, llevando á su cabeza los jefes prestigiosos de la pasada guerra, y con ellos los aguerridos veteranos de los diez años y las legiones entusiastas de las dos Antillas opresas, que quieren ensayar la fuerza de su brazo y el vigor de su musculatura en la lucha por la independencia. Esas legiones se portarán bravamente porque quieren tener patria, anhelan gloria y rujen de indignación cuando recuerdan que sus héroes prestigiosos no tienen tumba decorosa en la tierra que fecundaron con su sangre, y cuyas hazañas tanto excitan su patriótico ardimiento.

Y á la par que arrancará la guerra con tanta fuerza del exterior, lógico es suponer que también despertará con toda bravura en el interior, pues nada valdría la labor titánica del Partido Revolucionario si los que viven bajo el férreo yugo español, no solo se resignasen á continuar llevándolo, sino que —parricidas— se revolviessen contra los que, en arranque digno, quisieran quitárselo y trasformarlo en armas para el ejército de la libertad.

Pero no solamente la pujante arremetida ha de lograrse con legiones voluntarias de combatientes: hay que equiparlos, municionarlos y racionarlos; y para esta obra hermosa está la cuestación permanente de los emigraciones; están los Clubs revolucionarios diseminados por toda la América libre. España gastará la última moneda, quemará el último cartucho y sacrificará el último hombre, antes que se extinga la colecta redentora, que no puede extinguirse porque nace de la fuente de la laboriosidad, y la engrosa el sentimiento del deber.

Así, de este modo amplio, colosal, es que hará la guerra el Partido Revolucionario Cubano; la guerra en cuyos comienzos ya estamos, pues hemos librado con España la primera batalla económica, y se la hemos ganado.

Si en la escaramuza de los hermanos Sartorio pudo haber la intención de saber cuáles eran los elementos de acción con que contaba nuestro Partido, ampliamente se habrán convencido los factores del mal aconsejado movi-

miento, que son poderosos y están bien ordenados. La obra revolucionaria se ha solidificado cobrando proporciones gigantescas; y la rendición de los que se lanzaron á la lucha por su propia cuenta, ha dado mayor robustez á la autoridad del Partido, pues este alzamiento previsto, pero no ordenado por las autoridades directoras, mantuvo á nuestros hermanos de Cuba en una prudente indecisión. Así, pues, ese movimiento local confirma la fe que se tiene en la organización del Partido Revolucionario Cubano, del que se espera, de acuerdo con los valiosos auxiliares de la isla, la señal de la lucha definitiva.

Volviendo á los vencedores, hemos de reconocer que tienen motivo no ya para felicitarse recíprocamente, sino para echar á vuelo la campana colosal de Covadonga; engalanar con rojas colgaduras los edificios públicos, y aún los de aquellos particulares que han deformado su espina dorsal con las reverencias á los domi-dores; iluminar profusamente los balcones y fachadas, y hasta bailar un danzón regio porque *vivan las caenas*.

El triunfo ha sido inesperado. Supónganse los lectores que se pusieron en movimiento los buques de guerra españoles por toda la costa de Cuba para no dejar penetrar ni una mosca revolucionaria; el cable funcionó sin descanso, dando cuenta de las temibles proporciones de la revolución; se concentraron en la jurisdicción donde ardía la guerra . . . sin pólvora, todos los batallones que hubo á mano, además de situarse cuatro batallones en Puerto Rico y dos en las islas Canarias para que se aclimatasen y volasen á Cuba al primer llamamiento; se les pagó á las tropas sus haberes atrasados y algo por mensualidades adelantadas, total unos 50.000 pesos; se trasportaron convoyes de provisiones y material de guerra; se dió orden al Gobernador general para que girase por cuenta del Tesoro español por todo lo que se necesitase para exterminar la rebelión enérgica y brevemente; se protocolizó á esta república para que atase corto á los revolucionarios de New York, Tampa y Cayo Hueso; en una palabra, se extremaron los procedimientos de represión; y cuando se gastaron unos 200.000 pesos, tal vez más, resultó el parto de los montes. Don Quijote, riñendo batalla desafortada con los molinos de viento, no llevó su exaltación bélica á más alto punto que los gobernantes españoles para reducir á 29 bandidos, que á la postre resultaron ser los revolucionarios de Holguín, quienes parece que se alzaron en armas, á juzgar por las noticias madrileñas, para tener la satisfacción de acojerse á la magnanimidad de las autoridades militares. Es claro que hay razón para felicitaciones régias, y para ascensos, en vez de la disminución de la plantilla militar de oficiales que querían acometer las Cortes.

En cambio, el Partido Revolucionario, á un solo impulso, admirable en su disciplina, estrechó sus filas; declaró que ayudaría resueltamente el movimiento, si se sostenía, á fin de que se generalizase; cundió en sus filas el entusiasmo hasta tal punto que se contaban por muchos miles los emigrados que querían marchar á la guerra; un grito de admiración arrancó de todos los pechos amantes de la libertad de los pueblos, al solo anuncio de que Cuba, la indomable; pugnaba otra vez por romper sus cadenas; obtuvimos la simpatía desinteresada de la prensa de este país, y al paso que España gastaba 200.000 pesos en sofocar un movimiento imaginario, el Partido Revolucionario levantaba 300.000 pesos para unirlos á los fondos ya existentes, apresurando de este modo un movimiento real, y queda el filón inextinguible abierto en todas las voluntades para continuar contribuyendo periódicamente á todos los gastos de la guerra.

Nunca como en las presentes circunstancias, tiene mayor validez el dicho histórico, que ahora ponemos en boca de los dominadores españoles: "Con otra victoria como ésta, nos hundimos." ¡Paso á los vencedores-vencidos, y palmas y vitores á los vencidos-vencedores!

LOS SOMETIDOS

No fueron los hermanos Sartorio, si hemos de dar crédito a los últimos telegramas, los que tomaron la iniciativa para someterse a las promesas del gobierno colonial. Los que por acuerdo espontáneo se apresuraron a anatematizar el acto de insurrección, y no solo acordaron ofrecer su apoyo al gobierno, sino que enviaron una comisión de su seno para que fuese a parlamentar con los insurrectos, demostrándoles que no encontrarían quienes les prestasen apoyo, y que serían perfectamente acogidos por el gobierno español, si deponían las armas, fueron los autonomistas.

¡Y qué contraste más expresivo! Cuando periódicos extranjeros tan caracterizados como el *Sun* simpatizan del todo con los cubanos que levantan la bandera de Cuba libre, y honran al pueblo que tan amenudo se rebela contra la dominación europea; cuando sacerdotes extranjeros tan respetables como el Reverendo Doctor John A. B. Wilson, expresan la más viva simpatía por la causa de la independencia cubana, y piden a Dios que bendiga los esfuerzos de los que quieren ser libres, reconociendo que los agravios que sufrieron los padres revolucionarios fundadores de esta gran república, no valen la pena de mencionarse comparados con los que sufren los cubanos; cuando la América libre nos admira y nos alienta con el ejemplo de su soberanía a conquistar la nuestra para que se restablezca definitivamente el equilibrio americano, que no puede ser una verdad mientras las islas del mar de las Antillas estén encadenadas a una monarquía europea; allí, en la patria flagelada, hermanos nuestros remachan el dogal que los oprime, quieren continuar siendo esclavos, abominan de los empeños revolucionarios, gracias a los cuales no cruge el látigo tan frecuentemente sobre sus espaldas, y se someten con docilidad extremadamente complaciente a hacer todo lo que el gobierno español quiere que hagan, en expectación de irrisorias concesiones de gobierno propio, y lanzan a los vientos de la publicidad documentos como el siguiente:

“Considerando: que los solemnes compromisos que tiene contraídos el Partido Autonomista Cubano, fundados en las lecciones de la experiencia, en los consejos de un patriotismo sano, inteligente y previsor, y en el respeto que merecen la paz pública y la soberanía de la metrópoli, condiciones de que dependen el desarrollo, de las libertades públicas en la colonia y la salvadora transformación de las instituciones locales, imponen a esta Junta el deber de desaprobar resueltamente todo procedimiento contrario a la legalidad, dando de esa suerte franco y sincero testimonio de rectitud, cual cumple a una agrupación seria y que ante todo consulta las exigencias del bien público;

Acuerda, condenar el movimiento armado que acaba de iniciarse en la Provincia de Santiago de Cuba, y a la par mantener vigorosamente la defensa de los principios que sustentan nuestro Partido, garantía de los intereses legítimos y permanentes del país.

Acordóse asimismo que el Presidente Sr. D. José M. Gálvez, comunicase inmediatamente el acuerdo al Excmo. Sr. Gobernador General, ofreciéndole al mismo tiempo el concurso moral del Partido para el restablecimiento de la paz pública y del orden constitucional.

Resolvióse también que dicho acuerdo, además de insertarse íntegro en *El País* para conocimiento de todos sus correligionarios, se comunicase telegráficamente a las Juntas Provinciales y Locales más distantes, contestando en términos expresivos a la de Holguín, a la cual se le dan las gracias por su oportuna protesta de adhesión y se felicita por la iniciativa que ha tomado para cooperar a la restauración de la paz.”

La misma fraseología hueca y campanuda de los conservadores, eternos favoritos del poder, domina en los párrafos que dejamos transcritos, y que suscribe la Junta Central Autonomista. Las “lecciones de la experiencia” y “un patriotismo sano, inteligente y previsor,” obligan a aquellos políticos a aliarse con los monopolizadores de la fortuna pública, con los que tienen en ruina el país, con los que postergan la virtud y el valer criollos, con los que han hecho una inmensa factoría explotable de la isla infortunada, y como los cartagineses en la antigua Iberia,

“el comercio afectando entran vendiendo por salir mandando.”

No; las lecciones de la experiencia dicen que los gobernantes españoles no pueden dar las libertades amplias que ellos en la metrópoli no tienen; las lecciones de la experiencia dicen que cuatro siglos de dominación asfixiante, es tiempo sobrado para emprender nuevos derroteros,

y buscar en las fuerzas propias el gobierno decoroso de la moderna democracia. El patriotismo sano, inteligente y previsor no pacta con el despotismo, no cierra los ojos a la ruina que a todos nos envuelve, nos posterga el porvenir de los que esquilman la tierra, y desdeñan u oprimen, a los que quieren ser ciudadanos con derecho propio y no parias envilecidos. La paz pública no puede cimentarse donde vive la inmundicia administrativa en contubernio con el bandidaje, ni puede llamarse así a ese malestar continuo que nace de la desconfianza entre gobernantes y gobernados; de los primeros, porque ven en cada cubano un laborante enmascarado; de los segundos, porque no pueden resignarse a ser pupilos cuando han llegado a su mayor edad. Reconocer paladinamente la soberanía de la metrópoli, es abjurar con torpe ingratitud del pasado glorioso de los héroes invictos que murieron en el campo de batalla abrazados a la bandera de la independencia, y cuyos nombres es la mejor ejecutoria de grandeza que puede ostentar con legítimo orgullo la perla del Mar Caribe. Borrar las homéricas proezas que arrancan de Yara y que terminan en el Zanjón, es lo mismo que quitar del cielo los astros más refulgentes. Suprima, el que pueda, esa década de heroísmo, de abnegación, de esfuerzos titánicos, y no quedará en la isla de Cuba sino un montón de siervos sin personalidad y sin derechos, merecedores de su suerte porque se resignaron a ella.

La soberanía de la metrópoli. Para acatarla dócilmente, sería preciso que la Historia no tuviera sus leyes indeclinables, a las que obedecen fatalmente los pueblos, como el mundo físico obedece a las leyes de la gravitación; sería preciso que reconociésemos el monstruoso derecho del más fuerte, y que justificásemos y aceptásemos la iniquidad de la esclavitud individual y colectiva; sería preciso borrar las páginas gloriosas de la independencia de las Américas; y los nombres refulgentes de Washington, Bolívar, San Martín, Hidalgo y tantos otros ante los cuales nos prosternamos reverentes, fueran arrojados del pedestal en que los alzó la gratitud del pueblo, pues no hicieron otra cosa que atentar sacrilegamente contra la soberanía de la metrópoli.

Desapruebe resueltamente la Junta Central Autonomista todo procedimiento contrario a la legalidad española en América; dé todos los testimonios de sinceridad que guste a los omnipotentes gobernadores coloniales; condene todos los movimientos a mano armada que se inicien en Cuba, ó fuera de ella; mantenga vigorosamente la defensa de los principios que sustentan, y que arrancan por modo lógico del Pacto del Zanjón, es decir, de la ruina de la patria cubana; vaya solícita y oficiosa a la capitania general a ofrecer al señor absoluto el concurso moral, y hasta el apoyo material, para combatir a sus generosos hermanos cuando éstos intentan redimirlos de la servidumbre y hacerlos árbitros de su propio derecho; felicite cuantas veces le venga en voluntad a los que cooperen a la paz del ilota que disfrutan, que todo esto no podrá evitar que se cumplan los destinos de América y que a despecho suyo la tierra cubana ame la independencia, esté preparada para alcanzarla y vea con profundo disgusto la oficiosidad anti-revolucionaria de los autonomistas.

Pero apresurémonos a reconocer que no es el partido, sino su junta directiva la que pacta con los infatuados dominadores. Y si bien es verdad que un orador como el señor Fernández de Castro, al salir su partido del retraimiento en que se había encerrado, —lo cual se debió a la migaja de sufragio electoral que se le concediera— dijo con la pasividad del fatalismo musulmán que continuarían los autonomistas formando las filas de comparsas en el sainete gubernamental; que servirían de piedra de toque a los integristas reaccionarios para que, al contrastar sus fuerzas con las autonomistas, se organizaran y se uniesen, y que allanarían al gobierno el camino suave y plácido de su cómoda existencia, acondicionando de nuevo la legalidad para que siga la paz en Varsovia; también es cierto que no todos los cubanos de valer é ilustración se resignan a desempeñar tan desairado papel; y no hace mucho, en una solemne conmemoración del cuarto descubrimiento de América, dijo el revolucionario prestigioso y elegante conferencista Manuel Sanguiní, al cerrar su admirable discurso de la noche:

“Nuestros héroes no son aquellos grandes bandidos consagrados por el éxito. Nuestro emblema no puede ser ya el león salvaje, rampando por robar la manzana de oro, entre rugidos de muerte... y por eso— solitarios en medio de la nacionalidad, tristes en medio de la gran fiesta, que no nos interesa— recordemos con satisfacción al menos que también hemos sufrido y luchado por el bien y el ideal, y que hemos merecido en nuestra desventura, llevar dentro del

corazón ensangrentado una estrella del cielo, que simbolice la alteza de nuestras aspiraciones y disipe la sombra que nos envuelve, con el rayo bienhechor de la esperanza.”

Los que piensan y sienten de este modo; los que llevan dentro del corazón la estrella que simboliza nuestras aspiraciones, están en su puesto y sin duda responderán cuando la patria los llame.

Esos no son de los comparsas del poder; esos no son de los sometidos!

LOS INDEPENDIENTES

Van por el mundo sin abjurar de sus ideales patrióticos. Como los antiguos griegos, llevan consigo el culto del hogar y no se confunden con ningún pueblo de la tierra, por mucho que lo admiren, ni olvidan sus hábitos de vida, ni sacrifican su personalidad en aras de un bastardo sentimiento egoísta. Podrán en el destierro, á que se han recluido voluntariamente los que no pueden soportar las iniquidades de la colonia, encontrar posición holgada ó decorosa subsistencia; pero siempre que se les hable de la redención de la patria, están dispuestos a sacrificar la posición alcanzada y a jugarse la vida por engrandecer la tierra de sus mayores y obtener la ventura de dormir en ella el último sueño.

Sienten más hondamento que sus hermanos esclavizados las hondas tribulaciones, las amargas torturas que ocasiona el dominador soberbio; siguen paso a paso el proceso inapelable que la opinión universal ha entablado contra la metrópoli, ciega y sorda a los sentimientos de justicia, y se revuelven airados cuando se maltrata a la isla dolorosa, se dilapidan sus caudales y se pisotea el derecho a la vez que se ultraja la dignidad del pueblo explotado. Es un día de fiesta en el hogar levantado en el extranjero, cuando se recibe alguna fausta nueva que tiene relación con la supremacía criolla; así como es día de duelo cuando se sabe que el despotismo ha estrechado los tornillos de la opresión popular.

Los gobernantes españoles, con una miopía que acusa su incompetencia legislativa, no han sabido penetrarse de que “gobernar es prever;” no han sabido prever el factor importante en el desenvolvimiento lógico del progreso cubano con el partido separatista, y han tratado de exterminarlo, cuando debieron haberlo considerado como fuerza impulsiva que era imposible inutilizar, y así estaba en sus facultades encauzarlo para que siguiese su marcha evolutiva sin conmociones violentas para la isla.

Pero se le ha declarado fuera de la legalidad existente; no se ha concedido de buen grado lo que la experiencia aconseja y los intereses de la libre América demandan, y los independentes harán el supremo último esfuerzo para constituir la nacionalidad cubana.

No es cuerdo extremar las medidas de represión para contener la revolución que avanza: ésta ha prendido en todos los corazones, y no ha de tardar en manifestarse en toda su irresistible pujanza.

La escaramuza de los hermanos Sartorio ha venido a patentizar la disciplina y poderosos medios de acción con que cuenta el Partido Revolucionario Cubano. Cada centro de emigración multiplica sus recursos de acción, y está ojo avizor y arma al brazo, para responder esforzadamente a las contingencias de la guerra breve y necesaria.

Pero indudablemente es la Florida, aquí en esta república de grandes alientos, donde vibra con más entusiasmo la idea independiente. Al prender como voraz incendio la guerra en Cuba, no ha de faltarle al ejército libertador ni elementos para la brava acometida, ni auxilios constantes para sostenerla todo el tiempo que dure.

Al solo anuncio de que había estallado la revolución, no ha habido un solo rincón de la Florida en el cual se alberguen algunos cubanos, que se haya mostrado indiferente.

Juzguen nuestros lectores por el siguiente breve extracto del discurso que pronunció nuestro Delegado en el *mass meeting* de Key West, el cual tomamos de *El Yara*, así como por la relación del citado *meeting* que damos más adelante, y por los telegramas con que cerramos este artículo. Y desde luego que todos han de tributar un saludo de admiración a los que así, prácticamente, demuestran que anhelan fundamentar la República cubana.

He aquí las reproducciones á que nos hemos referido.

“A la guerra no se llevan frusterías de tocador,—dijo— ni de la guerra ha de hablarse con frases acicaladas que suenen al oído como susurros de Eolo. De la guerra ha de hablarse con

la precisión, sencillez y verdad terrible que ella tiene y en la que consiste necesariamente su grandeza y sublimidad.” Hablando el Delegado del Partido Revolucionario para qué decir que su discurso se adaptaba á lo que el asunto requería?

Expuso la situación real de la isla de Cuba y del Partido Revolucionario: dijo que éste se había formado para preparar, encauzar y dirigir en sus comienzos la guerra inevitable que había de surgir en la isla por el deseo mutuo de las generaciones joven y vieja; para evitar que estallara sin orden y sin concierto, sin plausible doctrina, bien determinada y definida; para evitar que estallara débil, en una sola localidad, inútil por el resultado positivo aunque grande por el esfuerzo heroico, hija de la inexperiencia ó de la impetuosa precipitación ó del deseo del enemigo astuto, que deseara hacerla extemporánea, que surgiera antes de que todo estuviera preparado para hacerla por el levantamiento unánime pronto y decisivo; que solo los imbéciles ó los malvados podrían culpar al Partido porque el levantamiento de Holguín, que no ha sido ordenado por el Partido y que lo sorprendió lo mismo que á los que pertenecen y lo obedecen dentro de la isla, fracasase; que el Partido no puede ser culpado, lo mismo que no puede serlo un padre cuyo hijo caiga una vez en sus primeros pasos, porque esta escaramuza primera tenga el fin que anuncian las autoridades españolas, y que, porque vienen de ellas, ponerse en duda; que acaso en los momentos en que corren tales noticias los hermanos Sartorio al frente de los levantados, estén batiendo a los enemigos y que éstos corran tales noticias para desalentar al pueblo cubano; que éste con su presencia allí demuestra que el enemigo no consigue lo que se propuso; que si la primera escaramuza, inexperta y tolo como es, se sostiene lo necesario, el Partido no abandonará a los sublevados heroicos y acudirá á darles los recursos y ayuda necesaria para hacer que el movimiento parcial se convierta en general; que de todas partes vienen seguridades de fidelidad á la causa y disposición al sacrificio; y que aunque los hermanos Sartorio se rindiesen, siempre resultaría una victoria positiva ganada ya y la mejor respuesta dada a los que impetentes ante el desastre que se les aproxima, creen desconcertar ó desalentar con noticias tales a los emigrados que forman una de las columnas del ejército cubano.

Durante el discurso, que tuvo el defecto (no obstante haber durado una hora) de ser demasiado, el aplauso de todos fué á cortar los párrafos que saltan de aquellos labios siempre abiertos y siempre llenos de fe para sus paisanos todos.

“Ocala, Mayo 2.—A José Martí.—Suplico á *El Yara*.—Deploramos enfermedad, aplaudimos su virtud, pueblo alborozado, noticias prensa Cuba, entusiasmo inusitado, pronto triplicar esfuerzos, mejórese. Visítenos regreso, anhelamos noticias.—RAMÍREZ, SORONDO.

“Thomasville, Mayo 3 de 1893.—Sr. José Martí, Key West.—Esta noche nos organizamos. Mande órdenes por correo. Llegue aquí de vuelta. BALISO, BELLO.

“Gainesville, Florida, Mayo 4.—Al Delegado José Martí.—Cubanos Gainesville meeting entusiasmo, ofrecen todo servicio.—EMIGRACION.”

KEY WEST EN SU PUESTO

Quien en este pueblo ha vivido, quien le conoce y paso á paso ha estudiado su modo de ser, políticamente considerado, verá como cosa muy natural, hija del medio ambiente revolucionario en que siempre nos movimos, las alteraciones y modificaciones que se experimentan en su seno tan pronto como la noticia mala ó buena para el ideal que aquí nos congregó nos llega de la cercana tierra natal.

En vano han sido cuantas enemigas diligencias se hicieron en pasadas épocas por destruirnos este rincón de la libertad americana, donde la virtud y el talento cubanos levantaron un altar de gloria indestructible a la tierra de Varela, Escovedo, Caballero, Céspedes, Agramonte y Aguilera; en vano podrá la muerte avele y traicionera, ó la recompensa del oro español, destruir ó siquiera intentarlo, segar en flor la nota saliente del himno de nuestro dolor, que el corazón y la convicción propias apretándose en el momento del peligro, viendo por el abultado lente de la común fatalidad, poniendo fuera de sí la infamia, destruyendo y acabando la maldad hipócritamente introducida, sabría co

locarse ante la verdad, y con la verdad, para defender la humilde casa creada por y para los hombres libres que no esperan la lección patriótica de labios impuros, que tienen lección de origen, lección de sufrimientos, credo propio hecho en la casa común de los hombres libres. Cayo Hueso siempre está en su puesto, porque sí.

Malo ó bueno, alterado ó modificado en sus procedimientos externos, pero por su razón de origen, por su padrón de sufrimientos, por la fe inquebrantable de sus fundadores, cubano, Key West siempre cubano.

Una de esas modificaciones operadas en nuestro pueblo nótase en estos días desde que recibimos con patriótico júbilo la importante alentadora noticia del reciente alzamiento de los hermanos Sartorio en el departamento Oriental de la Isla de Cuba proclamando su independencia. Algo se cernía en la atmósfera, que muy á despecho del júbilo que nos produjera la fausta noticia, sentíamos como un puñal ardiendo que se nos clavaba en el alma: era que á nuestro lado teníamos dos objetos de valer: nuestros hijos esclavos y la bandera de perspectiva de gloria que los libertaria: la bandera, izada por nuestras propias manos, la vimos agitarse en el aire libre; cuando nuestra vista se separó de la bandera, encontramos la de nuestros hijos que nos miraban fijamente y con increíble estupor. ¿Adivinarían en su infantil inocencia el peso de nuestro delito...? ¿Nos pedirían cuenta del por qué nacieron de padres esclavos...? ¿Los infelices, al notar que sorprendimos su escurridora mirada, se dieron las manos y se retiraron á otro lugar! Nosotros bajamos la cabeza y en bochornoso silencio pensamos en nuestro deber, y resolvimos.

Pasados ya los tiempos de preparación organizadora para la época de los sacrificios, huelgan ya también las vacilaciones de mujercillas de teatros, huelgan los estudiados coquetismos de cómicas de salón, huelgan los galanteos y las pomposidades, sientense los raquiticos y los enfermizos que están de pié; los hombres, en terreno tortuoso y quebradizo, emprendan la reivindicadora jornada que les trazara el deber entre huesos de víctimas y lauros de héroes: Cayo Hueso está, como siempre, en su puesto, pese á quien pese.

Pero esta alteración justísima del espíritu reinante no puede tener representación escandalosa como fiestas de déspotas celebrando sus iniquidades: aquí no se presenta la hija del hogar mancillado por el frecuente masculino sobre el mortífero cañón, custodiada por padres y galanes inspirados en el alcohol, con gritos de energúmenos. Cada cual á la obra de su competencia, sin exhibiciones imprudentes ni ridiculez de celo, que á todos y cada uno pertenece; repartimos con humildad patriótica la invitación de la república que tiene que venir, y que no se niega á las almas puras sin distinción de procedencias que acojan su billete.

Obedientes á la disciplina del Partido Revolucionario Cubano, que creó este pueblo, y por virtualidad de sus leyes, como propia creación, estaremos en la actitud que nos impone el deber, dirigidos por el sendero que tracé la experta mano de nuestra jefatura.

Así lo entiendo Cayo Hueso, que ya pasó el tiempo en que se improvisaban planes de guerra que, con más ó menos buena fe en quienes los confeccionaban, fueron, por la inseguridad de su eficacia, desairados por quienes en su oportunidad los hubieran acogido y de común acuerdo haberlos hecho triunfar y perdidos al fin por esos defectos de ocasión.

Nuestro delegado el Sr. José Martí, en Key West, por razones del Partido Revolucionario Cubano cuya acción dirige, tomó parte en el *miss meeting* convocado por el Consejo de presidentes del Partido en la localidad. Abierta la valeda por el presidente Sr. José D. Poyo, tras breves y concienzudas frases presentó al Sr. José Martí. El estruendo de vitores y aplausos era indescriptible. "No vengo aquí á consumir un tiempo que me hace falta para trabajos apremiantes, como lo son los trabajos todos de la guerra. A la guerra no se llevan fruslerías de mujercillas de tocador, ni, como de la guerra tengo que hablar, puedo acicalar la palabra que regala el oído, en la dama de la pompa; sino que hombres como nos sentimos y como somos, no nos sorprenderá la verdad de los acontecimientos de nuestra tierra." Explicó la situación de Cuba minuciosamente, y el deber que teníamos; dijo "que si una madre amorosa en el lecho postrada se esfuerza en recobrar vida, se pone de pié, da un paso, da otro más, y al fin desfallecida tropieza con una piedra y cae, ¿qué debe hacer el verdadero hijo amoroso? ¿Dejar la desfallecida madre en medio del camino, ó levantarla en sus propios brazos?" El Sr. Martí tuvo una ovación completa.

Después habló el Sr. Fernando Figueredo: su palabra siempre respetuosa, humilde y persuasiva, unida á sus finas y elegantes aptitudes pronto se ganó el aplauso general de cuantos le escucharon. Figueredo, á más de sus prendas morales, tiene su crédito de cubano limpio sin una sola mancha, y por eso vale más. Habló el Sr. Enrique Messonier y dijo que hoy repetía lo dicho por él en muchas ocasiones; que entrábamos en períodos de acción y él estaba siempre en la acción; que la novia necesitaba el traje matrimonial y que la acompañasen á las bodas, y él la acompañaba: mereció aplausos. Habló el Sr. Francisco María González con toda la vehemencia de su temperamento, y estuvo arrebatador; fué muy aplaudido. Habló el joven Sr. Muñoz (Luis) y terminó su buen discurso saludando á Puerto Rico: fué muy aplaudido. Habló Martín Herrera, el orador popular: cada trozo de su discurso fué saludado con estrepitosos aplausos. El Sr. Nicolás Salinas, inspirándose en el entusiasmo reinante, propuso enviar telegramas á los centros cubanos de otras localidades, manifestando nuestra decisión en apoyar el movimiento de Oriente. El Sr. José Martí dió las gracias por tanta nobleza patriótica, y el Sr. José D. Poyo clausuró la valeda.

Cayo Hueso no duerme en su deber. Cinco mil cubanos dan, como primera contribución de guerra, diez pesos cada uno. Cayo Hueso no hace estrados á mujercillas de fiestas. Cayo Hueso se hombra y cumple su deber. Es consecuente á su historia: tiene su nombre y marcha á la revolución.

LUDO VICO.

UNA FALTA

EPISODIO DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA.

[DE GEORGES D' ESPARBES.]

El general Marteaux era un hombre de cincuenta años, apasionado, mediano, valiente. Había sido carpintero; la Revolución lo nombró capitán. En esta época la vida no duraba mucho. En dos años la depuración frecuente de los Estados mayores, lo elevó al grado de general en jefe. Herido en el muslo por una bala que no se le pudo extraer, cojeaba un poco.

Su avanzada llegó desde el alba del 14 de Setiembre á Forbach. La saludaron con la metralla.

—¡Bueno!— dijo él,—bueno...

Viéndose descubierto, ocultó sus tropas detrás de los pinos de un abismo. Tres generales respondieron á la orden, y se consultaron.

—La posición es insostenible,—dijo Marteaux. Y repetía: "Es insostenible... es insostenible", sin que le viniese á la mente una sola idea. Cerca de él los generales agitaban los sables.

—Estos reductos están bien guardados.

—Es preciso batirse en retirada.

—Esa es mi opinión; el reconocimiento, después de todo, nos servirá. Volvemos más tarde.

Un diputado se acercó:

—Esos reductos se pueden atacar; los hombres están frescos, tenemos artillería.

Y alzando la voz se dirigió á los granaderos:

—Una fuerza victoriosa arrastra á la Nación.

El general se encogió de hombros.

—No se toman trincheras como tú subes á la tribuna. Yo conozco á mis soldados, yo los amo; es preciso replegarse.

—Hay peligro en persistir en el ataque, observó uno.

—Nos matarán inútilmente.

—¿Qué importa si nuestra muerte es la salvación del pueblo. General, yo represento la República.

—Tu República la defienden nuestros fusiles!— gritó Marteaux furioso. Montado ya, ordenó la retirada, cuando de repente se oyeron estas palabras:

—¡Salud, fraternidad!

Y apareció un hombre. Tenía la voz clara, la cabeza tal como les gusta á las mujeres: la cabellera abundante, finísima y los ojos claros y bellos, ojos que pensaban.

—¡Hola! de Coudercq,—exclamó Marteaux.

El oficial, sin apresurarse, se unió á su jefe. Este taciturno ayudante de Estado Mayor acompañaba hacia cuatro meses al general. Donde se veía á Marteaux, se divisaba á de Coudercq. Para el viejo soldado la batalla no era sino una lucha al sable; cargaba las emboscadas á cabezadas. Muchas veces él y su división habrían perecido, si de Coudercq no hubiese ordenado la victoria. Para lanzar los hombres á los grandes peligros bastaba decir en las filas: "de Coudercq lo quiere", ó bien "de Coudercq cree que ganaremos la partida." Este hombre no se

reía, hablaba poco y su entusiasmo no era mayor, pero la victoria estaba en su mano. Con un amor apacible, obediente, lo amaban los soldados, como los sitiados aman su plaza fuerte y los sitiadores sus trincheras. De todos, Marteaux solamente había alcanzado á comprender aquella alma de fondo tempestuoso, y jamás elogiaba á su oficial para que no se lo echasen en cara. Desde que principió la campaña, antes de los primeros tiros, ellos conferenciaban á la sombra de un árbol ó de un muro, los puños sobre los planos: era un consejo de guerra de cuchicheos entre los dos.

—¿Has oído?

—Sí.

El Estado Mayor, desde lejos, los observaba.

—¿Qué animal es este "padre de las leyes!"— murmuró Marteaux. ¿Puedes creer que quería insistiese yo en el ataque?

—Tenía razón.

La cabeza de Marteaux sacudió sus gruesos cabellos. Palideció, y sus pupilas dilatáronse.

—Tú no sabes entonces cual es la fuerza de los aliados.

—Sí; pero es necesario concluir. El triunfo no nos abandona.

Después de un momento de silencio, Marteaux irguió el cuello.

—Entonces dime pronto... ¿Qué? No hay qué perder un minuto.

Encrespado de la cabeza á los piés, de Coudercq apretó los puños. Así era como él reflexionaba.

—Dividir las masas.

—Bien.

—En tres columnas.

—Bien.

—Dirigirse con la primera sobre Shachberg, atravesando la hondonada de Blumelsthal.

—Bien.

—Darle la del centro al general Freytag que remontando por el valle la dirigirá contra el pueblo. El general Lequoy torcerá á la izquierda.

—Bien... ¿eso es todo?

—Eso es todo.

Marteaux, colérico, espoleó su caballo, prorrumpió contra el Estado Mayor y desapareció entre sus soldados. En breve se oyó el rumor de armas, el deslizamiento entre las ramas. La ofensiva recomenzaba.

**

Las tres columnas azules entraron en las llamas. La de la izquierda se detuvo un instante, como para respirar en aquel huracán de artillería prusiana, llegó á la hondonada profunda de Steinground y se vió obligada, para poder avanzar, á reunirse con las columnas del centro. Las otras dos, al paso de carga, arrastradas por el 14^o de dragones y el 9^o de cazadores, iban á entrar en el pueblo y á apoderarse de él, cuando de repente los batallones de Kalksteins, ocultos á la izquierda, y la brigada del príncipe de Baden que apareció á la derecha, batieron la línea á cañonazos, y marcharon inesperadamente contra ellos.

—¿Qué dices tú, de Coudercq, de todo esto?

El general Marteaux no había visto nada hasta encontrarse debajo de las murallas de Permasens. Al ver aquel fuego cruzado el estupor lo clavó á su montura.

—¡Es preciso replegarse!

Pero detrás de él, livido, de Coudercq gritaba:

—¡Forzad el centro!

—¡Vamos á hacernos matar!

—¿Y sino qué? Una retirada con los flancos extendidos, pero ya eso es la derrota. ¡Avancen!

Marteaux miró á su oficial... Alzó la cabeza de toro indomable en medio de las balas, lucía terrible al fuego del enemigo, y preguntó suavemente:

—¿Es que tú ves claro en nuestro asunto?

—No, general, nosotros estamos en peligro.

La topografía del terreno y la posición de las tropas no nos permiten ya retroceder; he cometido una falta, pero no es tiempo de huir. Haz que marchen: yo te esperaré aquí.

—¿Por qué?

La tristeza cubrió el rostro del oficial que contestó:

—Ya no tengo derecho á seguirte.

—Está bien, dijo Marteaux;—este de Coudercq siempre loco...

Recogió las riendas, y abrióse un poco el uniforme.

—¡Adiós, camarada!

Un tiro le llevó el sombrero.

—No tengo ya necesidad de hacer el saludo.

Lo que siguió fué espantoso. No tuvo tiempo sino para lanzar una carcajada. El caballo se encabritó, con las patas en cruz hacia el cielo, se dobló sobre las ancas, y saltó como un rayo en carrera vertiginosa. Se oyó extinguirse en la distancia la risa al diapason de las balas, y en desorden las tropas se lanzaron siguiendo el galope del jefe.

Fué el último esfuerzo, Marteaux mismo detuvo su caballo delante de los cañones. Dos baterías le hicieron fuego y no le tocaron, pero las columnas deshechas por la descarga, intentaron huir. Las barrancas sobre las que se apoyaban los flancos cerraban el paso á medida que convergían hácia Permasens; era imposible desplegarse. De Coudercq, hombre de buen sentido, debía haberlo previsto. Ahí estaba su falta. Marteaux, como en un vértigo, estalló cual bomba entre los fugitivos.

—Mis muchachos! Mis muchachos! No! Mis soldados! Vuelvan cara! Vive Dios! Qué haceis? Adelante por la República!

Hizo virar su caballo, pero mientras trataba de contener la desbandada, dos rios de hombres en fuga, se agitaban contra sus botas, á su derecha y á su izquierda, tumultuosos, desordenados, gritando como locos.

—Pueblo de perros! Nación cobarde! Ahí las mujeres miserables, las mujeres nerviosas, mil diablos! tú... sí... tú. Pasa tu fusil!

Un hombre que corría, arrojó el arma y la cartuchera sin detenerse.

Entonces Marteaux permaneció inmóvil en su caballo, á la cabeza de los fugitivos, tiraba tiraba al montón. Las olas se empujaban, las olas se cerraban el paso. Era la derrota, un salvase el que pueda, un galope de terror! Sus balas eran inútiles en el desorden, al acaso... un hombre caía despues de otro, y otro, y otro más, tan de cerca le rodeaba á veces el torrente de los fugitivos, que cambiando de puntería con el arma contra las piernas, y el cañón hácia abajo disparaba contra ellos.

—Dioses y mil dioses! Ahí va eso para enseñaros á huir.

Y apuntaba á otros.

—Y tú! Y tú! Y tú.

Quando no le quedaron cartuchos; llamó á de Coudercq, aullando; á saltos de garganta gritaba lleno desesperación; pero todo se había acabado.

Los hombres habían desaparecido. Marteaux se quedó solo, en la llanura, formidable, en medio de las últimas bombas.

**

En este momento, en Hornbach, de Coudercq rodeado de fugitivos, escogía cuatro hombres y un sargento.

Uno á uno les fué tocando el pecho y les dijo:

—Tomad vuestras armas, seguidme. Eran cuatro viejos, de bellos peludos, cuatro corazones de niño. Llegaron á una cerca lejos de las tropas; los hizo sentar sobre la huerta, y él permaneció de pié, humilmente.

—Yo me llamo Juan Francisco de Coudercq. Soy capitán agregado á los ayudantes de Marteaux, general en jefe del cuerpo de Vosges. Algunos hechos brillantes se deben á mí, y por ellos la nación me ha recompensado, pero esta mañana he cometido una falta.

Los soldados no respondieron.

—En vez de aconsejar la retirada, insistí en continuar el combate, soy la causa del desastre.

El sargento, inquieto, dijo:

—Capitán, á nosotros no nos toca oír eso; tú deberías ir á ver á los diputados.

—Os he escúrido, dijo el oficial, y sois mi Consejo de Guerra.

De un salto, los cuatro soldados estaban en pié.

Dos lloraban; uno dijo temblando.

—Me marchó

—Yo soy vuestro capitán!

—¿Por qué no te hiciste matar?

—Yo no merezco la muerte á manos del enemigo.

De Coudercq asió al sargento y ordenó:

—A derecha, alineamiento!

Esta voz superior conmovió á los cuatro hombres; inmediatamente se pusieron en fila.

—Cargad vuestros fusiles!

Los soldados doblaron la frente, mordieron el cartucho; después á diez metros el oficial los vió vaciar la pólvora, apretar, cerrar, llevar el arma á la izquierda, colocar el cartucho, sacudirlo, tirar la baqueta, hundirla en el cañón hasta la empuñadura, atacar...

En este momento de Coudercq gritó.

—¡Prepárense!

—¡Apunten!

Sin pensar, velados los ojos, apuntaron.

—Fuego!

La descarga estalló, pero entre el humo, fuera de sí, surgió de Coudercq! Cayó de su cabellera una guedeja quemada. A de Coudercq, al salvarse de la muerte, le pareció que una mano lo arrancaba de un abismo. Sin embargo él quería morir.

—Y es así que se me obedece?

Tomó su pistola, la amartilló y les dijo:

—No importa, si no me acabais ahora, os mato.

Por segunda vez el oficial se irguió, pié contra pié, y mientras que los soldados cargaban de nuevo exclamó:

—Como ningún diputado ha previsto mi crimen, y no existe ninguna ley para castigarme, yo invento una.

—Todo jefe que por su falta haya sido causa de la pérdida de las tropas que la nación le haya confiado, será pasado por las armas.

Y de Coudercq añadió:

—Agréguese al Reglamento.

—Fuego!

Y cayó, con el corazón despedazado.

GONZALO DE QUESADA.

SECCION DE ANUNCIOS



INSTITUTO ESTRADA PALMA de enseñanza primaria y secundaria FUNDADO EN 1885

Este establecimiento se traslada a un espacioso edificio con notables mejoras, donde recibe niños y jóvenes de todas edades y niñas de siete á catorce años.

ANA OTERO Profesora de Piano.

A DOMICILIO Y EN SU RESIDENCIA, 313 W. 14TH ST. NEW YORK

CASA DE FAMILIA EN BROOKLYN A DOS CUADROS DEL PUENTE Y TRES DE FULTON 32 POPLAR Street.

Herminia Andrade de Benech PERFECIONADA MODISTA. Ofrece sus servicios al publico en general

CRIMENES HISTORICOS COMETIDOS EN CUBA POR LOS ESPAÑOLES por J. D. HERNANDEZ.

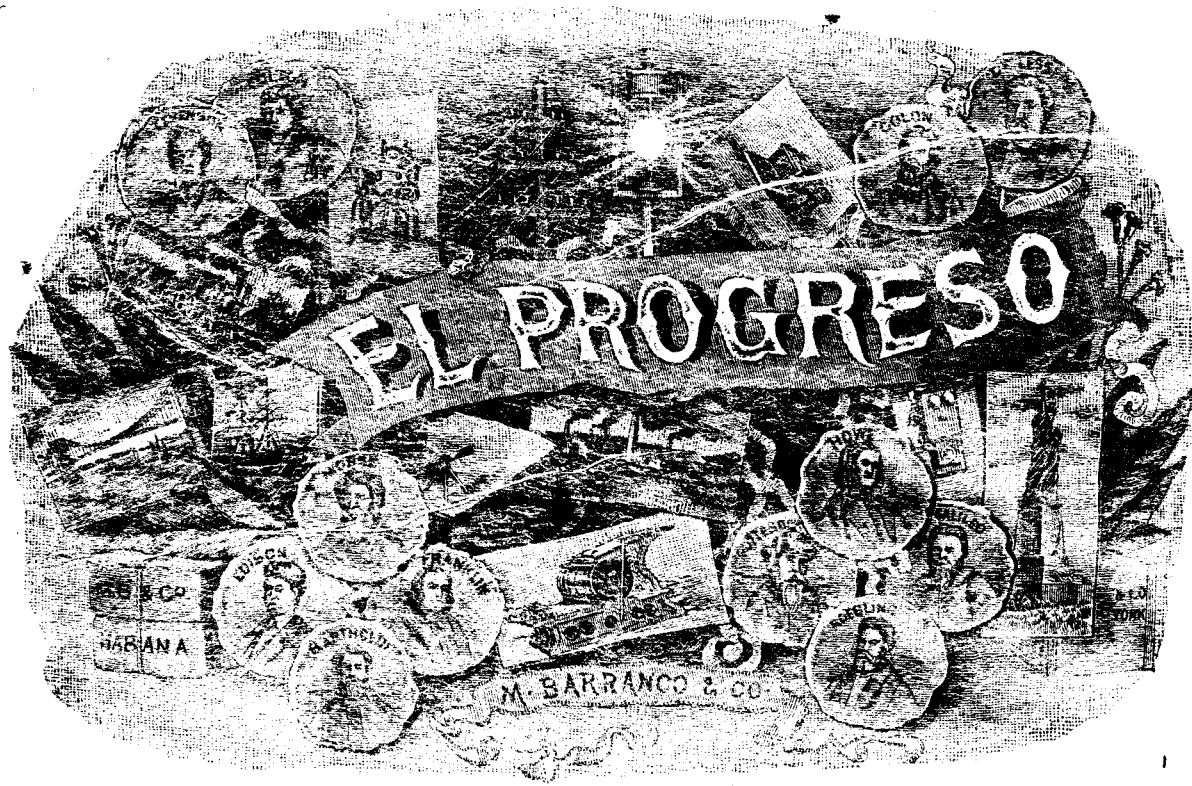
AURELIO RUIZ 206 WEST, 17 STREET.—CITY Compositor y Director de orquesta de París

Se ofrece para dar lecciones de canto, escuela italiana. (Timbre, emisión, dicción y estilo.)

Gaceta del Pueblo, DE NEW YORK.

El periódico más barato y de mayor circulación que se publica en lengua castellana. Es conocido en todos los lugares donde se habla este idioma.

"ENSAYOS POLITICOS." Artículos y discursos por Rafael Serra.—Un volumen de 150 páginas.—Agente, M. de J. González. 206 East 85th Street.



PARA BAILES. PARA TRABAJO. Es superior la Ropa de Cohen. CORTE FRANCÉS A LA ORDEN

1.000 PARES DE PANTALONES INGLESES, los mejores, moda nueva, á la orden, á \$4.00

LEVITA Y CHALECO del mejor tingonal esa torro Belfast, á la orden, \$12

Hasta 1 1/2 año despues de la venta, forramos y renovamos nuestra ropa de valde.

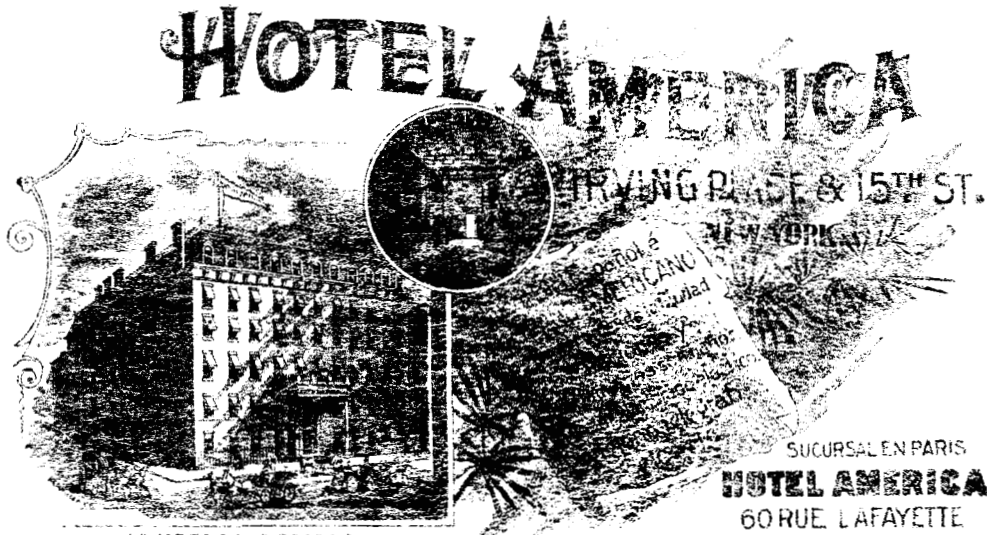
COHEN & CO., Sastres Franceses, 27 y 29 ANN STREET, NEW YORK.

"PLAVANO" HOTEL y RESTAURANT, en local excelente, No. 28 Este calle 23, Frente á Madison Square.

Muy conveniente á los Viajeros. GOMIDA BUENA, HABITACIONES MODICAS, NUESTRAS COSTUMBRES.

ALMUERZO Y LUNCH, 13 South William ó 57 Stone St.

Arturo Berutich



PRECIOS CUARTO SOLO DESDE \$12 CON ALIMENTOS DE \$2.50 A \$3.50 HOTEL AMERICA 60 RUE LAFAYETTE CABLE 'BERUTICH' NUESTRA VERA SUCURSAL HOTEL AMERICA 1469 MICHIGAN AVENUE CHICAGO PRECIOS DE \$3.50 A \$5 DIARIOS POR HOSPEDAJE COMPLETO.

CARNE LIQUIDA. "Mi Primera Ofrenda"

EXTRACTO LIQUIDO DE CARNE PEPTOGENO Y PEPTONIZADO, del Dr. VALDES GARCIA, MONTEVIDEO, URUGUAY.

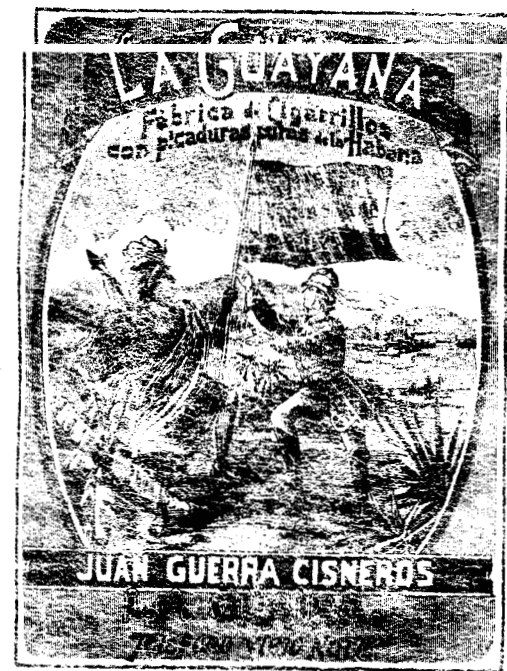
Medalla de Oro en las Exposiciones de Barcelona y Paris. Es el extracto más sano y más eficaz de todos los alimentos tónicos conocidos hasta hoy día.

E. AVILA, Agente Deposito, 90 Beaver St., N. Y. Se vende en todas las Farmacias.

FRUGONE, BALLETTO & GARDELLA Impresores y Traductores.



Hacen con esmero, y á precios módicos toda especie de trabajos de imprenta. PERIODICOS, LIBROS, ANUNCIOS, TRABAJOS MENORES. 178 PARK ROW, NEW YORK.



Artículos y discursos por Gonzalo de Quesada.—Un libro de 150 páginas lujosamente impreso, con algunos grabados. Se vende en esta redacción á 50 centavos el ejemplar.

Doctores Costales y White 439 EVERGREEN AVENUE. BROOKLYN, N. Y.

CURAN LATISIS, BRONQUITIS, CATARRO Y ASMA en el propio hogar de las personas atacadas, por medio de su tratamiento Especial, Científico y Curativo, al alcance de todos.

CASA DE FAMILIA en Nueva York para Cubanos, Puertorriqueños, Hispano Americanos. EN LUGAR CENTRAL Y CÓMODO 313 W. 14th Street.

TRATO CUBANO: COMIDA CUBANA Todas las Comodidades Habitación y Comida: Desde \$7 semanales en adelante. Nueva York, 313 West 14th Street.

H. W. Peabody & Co. COMERCIANTES COMISIONISTAS EN GENERAL. Reciben consignaciones de toda clase de productos de México, las Antillas y todo Hispano-America. 58 NEW STREET, New York.

Profesiones, Artes, Industrias Puertorriqueñas y Cubanas.

MANUFACTURAS. DE TABACOS, CUBANAS Y PUERTORRIQUEÑAS ADAY, R. V. 34 Old Slip. AGUIERO, J. M. 50 Fulton St.

DENTISTAS BAZAN, ZAYAS VIRJILIO, 108 E. 17. BETANCOURT, G. A. 237 W. 134.

COLEGIOS PALMA, TOMAS ESTRADA, Central Valley, Orange N. Y. QUESADA, FLORA Y LEOPOLDINA, 60 Lexington Ave.

MEDICOS AGRAMONTE, ENRIQUE, 207 W. 45th ALVAREZ, J. R. 305 E. 86th St. AMARILE, F. 1640 Lexington St.

BROOKLYN. BUCHACA, 253 E. Reid St. COSTALES, A. 518 Evergreen.

PROFESORES DE MUSICA. AGRAMONTE, ENRIQUE, 178 E. 42. CASTELLANOS, MIGUEL, 177 W. 127.

NOTARIOS GONZALEZ, ANTONIO C. 39 Broadway. MORALES, JOSE, 157 Broadway.

ABOGADOS AGRAMONTE, ENRIQUE, 260 Broadway. DEL PINO, EMILIO, 45 William St.

ARTISTAS EDELMAN, FEDERICO, 101 W. 93. IMENO, PATRICIO, 219, 6th Ave.

BOTICAS FERRER, J. N. 1657 Second Ave. PERAZA, DOMINGO, 301 Third Ave.

LOGIAS. LOGIA "Estrella de Cuba" Benj. Giberga. Venerable maestro, 118 W. 11th St.

BODEGAS DESVERNINE, P. 52 Beaver St. LEZONA, E. Maiden Lane 76

RESTAURANTS ROULANGER, 222 Thompson St. CALDERIN, P. 256 Sullivan.

PERIODICOS EL PORVENIR, 31 New St. GACETA DEL PUEBLO, 301 3d Ave.

DE SOCIEDADES CUBANAS Y PUERTORRIQUEÑAS. "Ismael Aguirre", J. F. Silva, 214 Pearl St.

CLUBS POLITICOS "Borinquen", Sotero Figueroa, 124 Chambers St. "Cubanacán", Gonzalo de Quesada, 307 W. 28th St.

MANUFACTURAS ESPAÑOLAS Y AMERICANAS QUE, ADEMAS DE LAS ARRIBA EXPRESADAS, EMPLEAN CUBANOS Y PUERTORRIQUEÑOS.

AMO, PEREZ & CO. Fulton y Front. ARGUELLES, ISIDRO, 172 Pearl St. ARGUELLES LOPEZ & CO, 222 Pearl St.

COMERCIANTES ASECIO Y COSIO, 33 Pine St. BARRIOS, ZACARIAS, 23 Centuries Slip.

TIP. DE LA GACETA DEL PUEBLO. WORLD BUILDING 7th, ALONSO



Títulos en este número

De José Martí

Bases del Partido Revolucionario Cubano I, 279-280

De otros autores

Ludo Vico: Key West en su puesto

Gonzalo de Quesada: Una falta: episodio de la revolución francesa (de Georges D'Esparbes).

Sin firma

Directorio del Partido Revolucionario Cubano

Relación de Clubs Cubanos

Los vencedores

Los sometidos

Los independientes